

que verlos felices. No estoy segura de si todos los chismosos sienten el ansia de escribir, aunque en parte quizá sea ésta la definición que más se aproxime a la realidad. Los escritores, en el fondo, somos un poco cuervos: no soportamos demasiado tiempo la propia felicidad —y menos aún la ajena— porque ésta es más difícil de ser transformada en literatura. En realidad, la felicidad es como un «trance»; es difícil precisar qué provoca este estado —una vez que ya ha ocurrido—. Recordamos cómo nos sentimos en su estado de ausencia de dolor (casi diría de «beatitud»), pero no lo que sentimos. El sentimiento de infelicidad, el conocimiento de la muerte, la imposible relación entre los seres humanos, la aceptación del imperturbable paso del tiempo, etc., nos da aliento para escribir. Porque el sufrimiento clava sus garras en la memoria.

Y quizá ahí radique lo que significa para mí el placer de escribir. Y, al adueñarnos de este placer, los escritores nos convertimos en seres privilegiados. Poseemos las palabras y somos dueños del mundo mediante la expresión. Luego, como un sueño lejano y utópico, está la comunicación. Pero lo que importa es la expresión, y a través de ella gozas con la vananza, con narcisismo, la sublimación o, simplemente, con el más grande de los privilegios: vuelves a vivir de nuevo gracias a la fabulación.

Quizá lo que menos se perdona en España, donde abundan tanto las catedrales góticas oscurísimas y el sentimiento trágico de la vida mal repartido, es que alguien afirme que esto de escribir sea un placer y un privilegio. Con el pequeño

castigo, siempre a partir de una elección, que se infiltra durante el proceso de la obra escrita. La lucha contra uno mismo, contra las palabras, la imposibilidad de resolver el rompecabezas privado que uno se ha planteado, la poca fe en el propio talento, la dejadez y la falta de aliento poético. Pero quizá estas cuestiones se van resolviendo gracias a la tenacidad de «vivir» a través de la literatura. Los buenos escritores, en el fondo, construyen grandes monumentos cotidianos a la diosa de la constancia.

Sin embargo, creo que no hay por qué contar las horas que te pasas ante la máquina de escribir —muchas veces patéticamente muda—, porque puede ser tan angustioso como las horas en que un médico pierde intentando descifrar un diagnóstico incomprensible, como las horas que un médico pierde ante un texto enigmático. No todo es sublime a la vista, ni el sufrimiento de los escritores es más estético porque se le eche más dolor. Aprendí algo de ello cuando en la Mezquita de Córdoba vi cómo los árabes habían pensado en aprovechar más la luz del día a través de espacios abiertos al aire y al sol.

En fin, con el tiempo he aprendido que ni el alcoholismo, ni las drogas, ni la homosexualidad no sentida son acicates imprescindibles para llegar a escribir bien. Y quizá a veces no son más que sucedáneos para los que no logran hacerlo. En realidad, la literatura es un gozo de ella misma, porque tiene la virtud de ser compensatoria ante las limitaciones que te ofrece la existencia. La única droga que no mata, el único amor que no te traiciona, el único alcohol que

no te estropea el hígado es la literatura. Gracias a ella se van descubriendo a lo largo del proceso de creación densos y pequeños placeres, muchas veces íntimos, otros más comparables (y aquí entra ya la comunicación): la posesión y manipulación de las palabras, el desafío contra la idea y la realidad de la muerte, la posibilidad de dar expresión a los sentimientos más oscuros, más sórdidos y más bellos al mismo tiempo (pues cuando lo haces te das cuenta de que no tienen tanta importancia) y también el privilegio de recuperar lo que ya se ha perdido a través del ejercicio de la memoria viva.

Recuerdos lejanos

Con el tiempo, el escritor intenta poner orden en el rompecabezas de su vida. Utiliza la mente para entender lo que quedó dormido en el subconsciente. Pues, durante los primeros años, se va formando a través de los recuerdos olvidados —y recuperados con la memoria— la propia concepción del mundo. Pero la memoria es olvido también, y esto es algo tal vez necesario. Alguien, no recuerdo quién, dijo que todos tenemos dos memorias: la pequeña memoria, que sirve para recordar lo que es pequeño, y la grande, que sirve para olvidar lo que es grande.

Un escritor tiene que enfrentarse a sus partes más turbias, desatar los demonios del subconsciente, trabajar con ellos hasta darles una expresión. Pues aunque no se diga, todos hemos sentido en algún momento de nuestra existencia deseos de matar, de hacer desaparecer a aquellos seres que nos hacen